

Medio	LA SEGUNDA
Fecha	08/09/2016
Mención	Contabilidad revolucionaria. Mención a la UAH.

Contabilidad revolucionaria

Fernando Balcells



Una joven manifestante de la UAH dice: “Los costos de lo que rompimos están inflados, algunos en cincuenta mil pesos y más”. Cuando lo dice a rostro descubierto y en un tono entre reflexivo y desafiante, no puedo evitar transformarme en el viejo de mierda de ánimo enojoso que, a falta de poder orinar sobre el interlocutor, se dirige enervado al baño más cercano.

No puedo evitar el recuerdo del exitoso control de la revolución pingüina mediante el expediente de hacerlos participar en el detalle de los debates presupuestarios. Como si el pago de los costos fuera el meollo al que deben responder los movimientos sociales. Como si el acceso a los pesos y a las partidas que los reparten fuera la culminación de la lucha por el poder. Como si la gratuidad implicara más que responsabilidades, deudas culposas que pagar.

Cuando la niña acepta hacerse cargo no de la falta de respeto sino del costo material, derivamos a un mundo en el que los

movimientos revolucionarios deben partir por formar no un colectivo sino una compañía de seguros. Hay una perversión —más antigua que el capitalismo— en esa transacción que busca reducir a monedas lo que es impagable.

Por supuesto en este episodio hay materia para el absurdo y la inconsecuencia. Los que apuestan a avasallar al adversario por la violencia, independientemente de sus pretextos, no pueden elevarse más que a la altura del déspota. Ningún discurso seudopopular y oportunista puede ocultar que la violencia es el verdadero objetivo, el subtexto, el proyecto y el contenido real del vandalismo.

Todos los movimientos que han justificado actos de prepotencia en fines generosos caen en el cinismo de diluir y subordinar los fines a la eficacia de los medios. Nada nuevo. Pero si uno se pregunta a qué responde un movimiento dispuesto a pagar por el derecho a usar la violencia, se encuentra con la lógica destilada de toda depreiación. El que está

dispuesto a pagar por la contaminación está dispuesto a financiar la violencia y a otorgar derechos consuntivos sobre el aire a los que puedan pagarlo.

No hay reclamo de legitimidad, ni de consecuencia ideológica, ni de coherencia lógica que se pueda hacer desde fuera de la sicosis íntima de los que pertenecen a ese impulso devastador.

No hay modo de persuadir a los violentos; ni la acusación de autoritarismo o de impostura. Lo propio de los movimientos violentistas es que son indemnes a la argumentación. No al desgaste, pero sí a la persuasión.

El problema no son ellos entonces. Somos nosotros: los que detestamos la violencia, los que no aceptamos justificarla en la rudeza del otro y que no tenemos un discurso convincente para combatirla. Algunos, porque se aferran a la fidelidad a un régimen violento y otros porque nos cuesta separar la legitimidad de la indignación de la ilegitimidad de la violencia.

“Los que apuestan a avasallar al adversario por la violencia no pueden elevarse más que a la altura del déspota”.